II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2010.

La función del arquetipo de la máscara y el uso de drogas en el grupo adolescente.

Díaz Guiñazú, Rafael Pablo.

Cita:

Díaz Guiñazú, Rafael Pablo (2010). *La función del arquetipo de la máscara y el uso de drogas en el grupo adolescente. II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-031/192

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/eWpa/waU

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org.*

LA FUNCIÓN DEL ARQUETIPO DE LA MÁSCARA Y EL USO DE DROGAS EN EL GRUPO ADOLESCENTE

Díaz Guiñazú, Rafael Pablo
Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis. Argentina

RESUMEN
Se expone sobre la influencia del arquetipo de la máscara, desde la psicología junguiana, en la problemática de las adicciones y su función en los grupos adolescentes. La máscara es aquella instancia psíquica que mediatiza entre el yo y el mundo social, fachada exterior que muestra el sujeto, a través de la cual es reconocido por los otros. La máscara permite al sujeto insertarse como miembro de una comunidad, sostiene el yo débil del adolescente previniéndolo de una desorganización psicótica. Se plantea que la droga puede actuar como un símbolo que modela una máscara con la que el adolescente se identifica, y bajo la que se consolida su grupo de pertenencia. El consumo de drogas inicia al adolescente en un grupo que adopta prácticas, normas y costumbres que forjan una identidad común. Estos grupos, o cofradías los sostienen en el pasaje desde la infancia y amortiguan la crisis de esta etapa. La terapia en adicciones debe considerar la existencia de este arquetipo en relación con otros (arquetipos de la Magna Mather y Puer Aeternus) los que emergerán en la relación transferencial. Se aportan consideraciones acerca de los tratamientos grupales e individuales en casos de adicción a drogas.

Palabras clave
Máscara Grupo Adolescentes Adicción

ABSTRACT
THE MASK ARCHETYPE FUNCTION AND THE DRUG ABUSE IN THE ADOLESCENT GROUP
The influence of the mask archetype, from Jung's psychology, in addictions' problematic and its function in the adolescent groups is exposed. The mask is the psychic instance that hypes between I and the social world, outer facade the subject shows, through which he/she is recognized by the other. The mask allows the subject to be included as a member in a community, maintains the adolescent's weak I avoiding him/her a psychotic disorganization. It is stated that drugs can act like a symbol modelling a mask with which the adolescent identifies him/herself, and under which his/her belonging group is consolidated. The drug consumption initiates the adolescent in a group that adopts practices, norms and usages that forge a common identity. These groups or brotherhoods maintain them in the passage from childhood and cushion this stage's crisis. Addictions therapy must consider the existence of this archetype related to others (the Magna Mather and Puer Aeternus archetypes) which will emerge in the therapist-patient relation. Considerations about the group and individual treatments in cases of drugs addiction are added.

Key words
Adolescent Mask Group Addiction

INTRODUCCIÓN
Con los términos de "máscara" y de "persona" Jung se refirió a la función o tendencia adaptativa al mundo externo y a la vida social. El imperativo "persona" proviene del latín *persöna*, y hace referencia a la máscara que utilizaban los actores en el antiguo teatro griego, al personaje que estos representaban; de este modo, al hablar de máscara o de persona, nos referimos a la identidad social del sujeto, a la cara que muestra en la comunidad, al rol (o roles) que asume. Por tal razón, debe ser entendida sólo como una fachada externa pero nunca como la totalidad de su ser o su personalidad, es apenas una parte de la misma. Así, la máscara sirve al sujeto para que éste pueda desenvolverse en la sociedad y sea reconocido por sus semejantes de acuerdo al papel que en ella desempeña. Es la forma en que el individuo se presenta ante la comunidad, en otras palabras, es lo que se interpone y mediatiza entre el yo y el mundo externo.
La máscara, entonces, otorga identidad social al sujeto; sin embargo ésta no es su única función, además actúa como una coraza frente a las amenazas y ataques que provienen del medio; es decir, tras la máscara el sujeto mantiene a salvo su mundo interior, su vida íntima. Por esta misma razón la máscara tiene más de apariencia que de real, pues tras ella se esconde la verdadera individualidad y naturaleza del sujeto. Si realizamos un recorrido hacia el interior del hombre, la máscara es lo más externo y tras ella se esconde el yo, luego entraremos a los terrenos de lo inconsciente individual para llegar, en nuestro camino regresivo, a las raíces ancestrales de lo inconsciente colectivo. Cada sujeto forma su propia máscara, sin embargo, la misma es colectiva por partida doble: por un lado porque los atuendos que sirven para confeccionarla provienen del medio social, y por el otro, por ser un arquetipo. Como arquetipo es una función psicológica de adaptación innata, íntimamente ligada al instinto gregario del hombre; es una tendencia perteneciente a la humanidad toda.
El riesgo que el sujeto corre es el de la identificación con la máscara, algo muy común en nuestros días. Hay individuos que suponen sólo ser lo que muestran; otros, además, ensanchan su ego en función de los títulos o logros sociales. Si el hombre vive una imagen superficial y externa de sí mismo se ha abandonado, se ha apartado de su realidad interior, no es más que una marioneta manejada por lo inconsciente colectivo que, a su vez, actúa lo que la comunidad de él espera, no hay nada auténtico en él. En "Formaciones de lo inconsciente" (1950) dice Jung: "La *persona* es lo que uno realmente no es, sino lo que ella y la otra gente opinan que ella es" (p. 33).
Al estar vinculada al yo y a la consciencia, la persona cumple una función compensatoria en relación a lo inconsciente. El sujeto que estereotipadamente se muestra de tal o cual manera ante los demás, en su interior esconde un personaje totalmente distinto, un rostro opuesto. Las debilidades y lo sensible pueden ser ocultados tras un semblante frío y amenazador; la lujuria y el odio tras una sotana o un hábito de monja; las inseguridades, lo tirano y los deseos destructivos tras el traje del justo juez. En estos casos lo terrible es que el sujeto desconoce lo que oculta, y lo oculto se vuelve sombras cada vez más difíciles de ser reconocidas, las que retornan trayendo sufrimiento a la psique, al cuerpo o a los demás. Cuanto más rígida, extensa y acartonada sea la máscara, menos posibilidades de desarrollo integral tiene el sujeto; un yo frágil y de escasos recursos se esconde tras ella, así como también un mundo empobrecido y descuidado albergará el interior de ese hombre. Una máscara liviana y maleable habla de un hombre con mayores posibilidades de adaptación tanto al mundo externo como a su realidad interior.

Importancia de la máscara y de la identidad grupal en la adolescencia
A. Aberastury (1971) habla del "Síndrome de adolescencia normal" y caracteriza a esta etapa por tres duelos básicos: el duelo por el cuerpo infantil, por los padres de la infancia y por los roles de la infancia. Desde mi particular punto de vista, esta idea se puede articular a la concepción de hombre junguiano. La adolescencia es una etapa privilegiada en la construcción de la máscara. La crisis adolescente, según Aberastury, en parte, tiende al logro y conformación de una nueva identidad que sirva como

puente de unión y trayecto entre la salida de la infancia y el ingreso a la adultez y al mundo adulto. Si la adolescencia se define como una etapa de crisis, esto se debe, en parte, a la reestructuración psíquica del sujeto, a la adquisición de su nueva identidad y a los duelos por la vida anterior. Podemos decir que se trata de una etapa de vulnerabilidad yoica, pues el sujeto adolescente se está quitando antiguos ropajes y adoptando otros nuevos, mientras da pasos que lo introducen en un mundo desconocido y desconcertante; por lo tanto, se encuentra en el proceso de formación de una nueva máscara sobre un yo aún inmaduro con pocos recursos para enfrentarse al mundo adulto, y debilitado, a su vez, por los duelos que en suerte le han tocado. El adolescente se aferra a nuevos individuos que sirven de referencia para modelar su máscara y formar así una identidad grupal, es decir, pasa de las identificaciones con los miembros de la familia, a las identificaciones con los grupos adolescentes, los que son una vía de ingreso al mundo adulto y a la realidad social. La reciente máscara es una instancia que rodea y sostiene al yo débil del adolescente, ayuda a que esta etapa de cambios no sea tan desorganizadora y, por lo tanto, a que el yo no colapse en psicosis; por eso, la máscara adolescente suele ser tan rígida, pues está sosteniendo a un yo que se encuentra a la deriva. La identidad grupal es lo más importante en este momento y es lo que mayor sentido y referencia de sí mismo da al sujeto, evitando que éste se pierda entre sus cambios, sus duelos, el mundo nuevo y el futuro angustiante que se avecina en negra avalancha. Por eso el adolescente se aferra tanto a su grupo. La máscara en esta etapa no sólo se refleja en actitudes, usos y costumbres, sino además se estampa en la propia piel: las vestimentas, al igual que los tatuajes y otros elementos que se incrustan en el cuerpo lo demuestran. Las denominadas "tribus urbanas" son un claro ejemplo, su función es la de delimitar al sujeto, encajarlo en algún lugar para evitar su desorganización, darle algún sentido a su vida y una pista, aunque sea falsa, de quién es él realmente en este momento de cambios y desconcierto.

La función de la droga y su relación con la máscara en la crisis adolescente

La droga se ofrece como una alternativa de abandono al mundo infantil, ligada a un mundo nuevo y distinto al que el adolescente cree es el de sus padres, en el cual el joven suele suponer, la droga no tiene un lugar. Hay un grupo de sujetos por fuera del hogar en la misma situación. Muchas veces el adolescente toma como figura o modelo a algún otro que lo inicia en este nuevo camino donde la droga resulta ser el elemento principal de un rito iniciático, o mejor dicho, el consumo de drogas inicia al sujeto y lo introduce en "la cofradía" o "secta" del adicto. Ahora el joven es aceptado por una nueva comunidad y se iniciará en sus prácticas, adoptará sus costumbres y vestirá sus ropajes. En este momento la droga está cumpliendo un papel iniciático, algo necesario, ancestral y arquetípico en el hombre; es por ello que este pasaje de una etapa a otra, está ligado a los ritos de iniciación, ceremonias sagradas; es por esta razón, que a nivel inconsciente, dicho proceso tiene un valor religioso.

El adolescente adicto es parte del grupo, sin ese grupo desaparece su identidad y peligra su psique. Ahora bien ¿qué lo une al grupo? La respuesta es: la droga. Toda comunidad se alía bajo un símbolo que los identifica como miembros de una misma congregación, símbolo que da sentidos, otorga un lugar y provee algo a qué aferrarse. Para que un símbolo, en este caso la droga, tenga el poder de unir y congregar a una comunidad, debe estar ligado a algo del orden de lo sacro, de lo arquetípico, de no ser así no tendría la fuerza para hacerlo; es decir, la droga como elemento real deviene en símbolo porque sobre ella se ha proyectado la numinosidad de lo arquetípico (la *Magna Mather* o Gran Madre).

El adolescente debe alejarse de los padres y del mundo infantil, por lo tanto, retira en parte la investidura arquetípica de los padres (o sustitutos) reales y la proyecta sobre algo del mundo externo; así, la droga pasa a ser una madre nutricia que une a todos sus hijos y los cubre bajo su manto. El iniciador pasa a cumplir el rol del "chamán" o del "anciano sabio", un arquetipo paterno o masculino que permite la unión, por medio del culto, entre el hijo y la madre; o dicho de otro modo, une al iniciado en calidad fraterna con los otros miembros, permite que surja un nuevo hijo de esta gran madre, manteniéndose la unión entre el sujeto y la *Magna Mather*, esta vez, por fuera del seno familiar. Entonces, la droga es la *Magna Mather* y el iniciador el anciano sabio. Ahora bien, todo arquetipo tiene un lado benéfico y otro oscuro; esta misma madre que une y que contiene, con el tiempo se volverá una madre terrible que devora y apresa, y el sujeto no podrá escapar con facilidad de las garras de la droga.

Por otro lado, el arquetipo de la gran madre está vinculado al del niño eterno (P*uer Aeternus*); si el sujeto adicto ha quedado atrapado en los brazos de la *Magna Mather*, indudablemente ha quedado ligado, identificado, con el niño eterno; por lo tanto, nos encontramos frente a sujetos, sin importar su edad y años de consumo, que en su alma albergan tendencias sumamente infantiles, demandantes y dependientes. Siempre que en la clínica trabajemos en adicción, tendremos que trabajar con estas tendencias.

La máscara en la clínica del paciente adicto

Los integrantes del grupo de adictos, congregados bajo el manto divino de la droga, adoptan como propios los colores de esa túnica; todos se identifican como miembros de la misma cofradía y su máscara se modela en torno a ella. Si retirásemos estas ropas que los definen y sitúan como pertenecientes a una misma congregación, los dejaríamos sin una parte importante de su identidad, lo cual es peligroso, pues estaríamos quitando los soportes que sostienen al yo adolescente, lo que podría terminar, en el peor de los casos, en un derrumbe psicótico. Es esta la razón por la cual debemos ser demasiado prudentes al trabajar con adictos a sustancias tóxicas, pues sacar de golpe la droga, sin brindar algún otro soporte, puede ser exponer al psiquismo a una terrible crisis. Si se suprime la droga no se corre sólo una sustancia, sino además, algo que brinda apoyo y que forma parte de una instancia psíquica con la que el sujeto se ha identificado y sin la cual deja de reconocerse a sí mismo.

Lo primero con lo que nos encontramos en la clínica es con la máscara del paciente. El adicto es un sujeto que hace un gran uso de su imagen, intenta impresionar o generar impacto en el analista. La clínica junguiana intentará ir, paulatinamente, corriendo y flexibilizando esta máscara para que de a poco puedan ingresar las sombras del sujeto y, gradualmente, otros aspectos de sí mismo que se han mantenido disociados en lo inconsciente.

Es conveniente que el retiro de la droga se haga gradualmente, y a medida que el sujeto pueda ir integrando lo inconsciente y flexibilizando su persona. Necesita, a su vez, algo del mundo externo que lo contenga y sostenga, y este papel debe cumplirlo principalmente la terapia y la figura del analista. La familia puede ser muy útil en estos momentos, pues puede brindar el soporte necesario para no dejarlo caer en los momentos de crisis.

En las terapias grupales, muchas veces, se exige la abstinencia como requisito. En estos casos, la abstinencia es más tolerable porque el sujeto crea cierta identidad en relación al grupo terapéutico, puede ir rompiendo sus lazos identificatorios con la cofradía y los irá desplazando al grupo de adictos en tratamiento, a medida que realiza una terapia que le permite ir trabajando su dolor anímico y creando espacios mentales para la elaboración y la integración de su psique inconsciente. Sería conveniente que el terapeuta que trabaja en forma individual confíe en la transferencia y en que los resultados son posibles; a su vez sería óptimo que el mismo posea una gran capacidad de contención y tolerancia a la frustración, así como deberá ser consciente que está creando un vínculo intenso e importante para el sujeto adicto y que el trabajo será más arduo pero tal vez más rico porque no tiene, necesariamente, que enfocarse en el problema de la adicción sino en el sujeto integral.

Así, el mayor cuidado que debería tener el terapeuta al inicio del tratamiento con adictos, es en relación con la máscara, pues hay que ser muy prudente al intentar moverla. Primero y principal, hay que respetar los tiempos, espacios y recursos mentales del sujeto y no caer en un *furor curandis*. La sustancia o comportamiento adictivo se podrá ir retirando de acuerdo a las posibilidades psicológicas de cada paciente. En muchos casos la medicación puede ser útil, siempre y cuando se administre bajo un estricto control médico. La misma debe ser un complemento y no el elemento

principal del tratamiento.
En el interior del hombre moran las verdaderas causas de su enfermedad, y es el mismo inconsciente la fuerza sanadora y transformadora del ser, por eso considero necesario el trabajo con la psique inconsciente en el tratamiento de adicciones. Los dolores del alma requieren curarse, principalmente, por medio de los recursos y las razones anímicas cuando la patología psíquica tiene sus raíces en lo profundo del hombre.

BIBLIOGRAFIA

ABERASTURY, A. y KNOBEL, M., (1971); La adolescencia normal: Un enfoque psicoanalítico; Buenos Aires, Ed. Paidós.

DÍAZ GUIÑAZÚ, R.; Aproximaciones al estudio de la Psicopatología y Clínica de las Adicciones desde la teoría de Carl Gustav Jung, Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de San Luis, 2010.

JUNG, C. G., (1936); Arquetipos e inconsciente colectivo, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1970.

JUNG, C. G., (1928); El yo y el inconsciente, Barcelona, Ed. Luis Miracle, 1964.

JUNG, C. G., (1950); Formaciones de lo inconsciente, Barcelona, Ed. Paidós, 1982.

JUNG, C. G., (1912); Símbolos de transformación, Barcelona, Ed. Paidós, 1982.

ZOJA, L. (1985); Drogas: adicción e iniciación. La búsqueda moderna del ritual, Barcelona, Ed. Paidós 2003.

GRUPO TERAPÉUTICO CON ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS ENMARCADO EN LOS SERVICIOS DE SALUD ESTUDIANTIL. ESTUDIO DE LA EVOLUCIÓN DE UNA PACIENTE.

Díaz, Héctor Daniel; Taborda, Alejandra
Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de San Luis. Argentina

RESUMEN

El grupo terapéutico dentro de un encuadre psicoanalíticamente orientado es un grupo no estructurado; implica ausencia de papeles claramente definidos para el líder o los participantes, o de una agenda en la que se pueden ocultar ansiedades. Es una estructura semivacía, espacio virtual, en el que sólo están discriminados arbitrariamente el rol de terapeuta y los de los pacientes. La estructura semivacía puede llenarse por la condensación, en el grupo, de transferencias múltiples. Los polos de estructuración del grupo, el encuadre y el objetivo terapéutico, posibilitan que se intensifiquen, desplieguen y elaboren mecanismos de defensa y de adaptación. Es un contexto interpersonal en el que los elementos emocionales como los estructurales tienen la potencialidad de convertirse en factores de curación. Algunos autores afirman que si en el análisis individual el paciente es el hijo único, en el grupal es miembro de una familia. De ahí que la terapia de grupo pueda considerarse como una “experiencia familiar correctiva”. En este trabajo mostraremos, luego de un año de psicoterapia grupal psicoanalítica, los cambios acaecidos en una paciente con problemática neurótica y conflictiva familiar a quien se le administro HTP y el Test de Rorschach al comenzar y después de año de atención.

Palabras clave
Psicoanálisis Psicoterapia Grupal Seguimiento

ABSTRACT

GROUP THERAPY WITH UNIVERSITY STUDENTS FROM THE HEALTH SERVICE. THE FOLLOW-UP OF A PATIENT

Psychoanalytic group therapy consists in a non-structured group in which the roles of the leader and participants are not clearly defined without an agenda where anxieties can be hidden. It is a semi-empty structure, a virtual space in which the roles of therapist and patients are arbitrarily distinguished. This structure may be filled by condensation of multiple transferences in the group. The poles of group structuring and the therapeutical perspective and objective lead to the intensification, display and construction of defense and adaptation mechanisms. It is an interpersonal context in which emotional as well as structural elements may become potential factors of healing. Some authors claim that if in the individual analysis the patient is an only child, in the group analysis he/she becomes a member of the family. Therefore, group therapy can be considered as a “corrective family experience”. In this work, the changes occurred in a female neurotic patient with family conflicts are shown after one year of group psychotherapy. The HTP and Rorschach tests were applied at the beginning and after a year of treatment.

Key words
Psychoanalysis Group psychotherapy